

HOMILÍA DEL TE DEUM DEL 25 DE MAYO DE 2026.

Buenos días a todos y ¡Feliz Día de la Patria!

Querido pueblo argentino que camina en esta bendecida provincia de Tucumán, cuna de la Patria y del compromiso patriótico!

Saludo con respeto a las autoridades provinciales: al Sr. Gobernador, Osvaldo Jaldo; al Sr. Vicegobernador, Miguel Acevedo; a los ministros y a las autoridades legislativas y municipales, especialmente a la Sra. Intendenta, Rossana Chahla. Asimismo, saludo a las autoridades militares, a las fuerzas de seguridad y a todos los hermanos aquí presentes.

Queridos abanderados: con su presencia simbolizan la entrega y el servicio al que estamos llamados cada uno desde nuestro lugar. Ustedes representan esos servicios muchas veces escondidos, silenciosos y abnegados, pero siempre fecundos; una entrega que florece cuando se piensa más en los valores que fundaron nuestra nación que en los intereses mezquinos individuales.

Hoy queremos dar gracias a Dios por nuestra Patria Argentina y por el camino recorrido; por la entrega y el testimonio de tantos hombres y mujeres, y de un pueblo que sabe de luchas y esperas, de triunfos y fracasos, pero que también sabe de sueños de grandeza y de esperanza.

El 25 de mayo de 1810 se conformó el primer gobierno patrio. Tal vez en ese momento no se tenía todo claro, pero sí existía la certeza de que debíamos tomar en nuestras manos los destinos de esta tierra y de sus habitantes. Los acontecimientos de Europa movilizaron a las personas y a las ideas, transformándolas en ideales emancipadores cargados de fervor y entusiasmo. Fue el balbuceo de una patria naciente, un grito contagioso que impregnó a todos de un anhelo de libertad plena; esa libertad que se haría realidad aquí, en nuestro querido Tucumán, en esta "tierra nuestra", el 9 de julio de 1816. ¡Y eso nos llena de orgullo!

San Ignacio de Loyola, un maestro del discernimiento de espíritus, nos invita en sus ejercicios espirituales a «*reflectir para sacar provecho*». Aplicado a nuestra realidad, esto significa volver a rumiar la historia y los valores fundacionales —que siguen siendo los mismos— para aprender de lo vivido y ganado. Las modas pasan, pero los valores permanecen. Lo valioso, lo verdadero, lo bello y lo bueno siempre queda; siempre es una luz que ayuda a ver y a discernir lo mejor para la Patria, y no solo lo que conviene a unos pocos.

La Palabra de Dios que acabamos de escuchar puede iluminarnos profundamente. Las multitudes siguen a Jesús y lo aclaman, pero eso no le impide estar atento a lo que acontece a su alrededor. Alguien puede ser muy aclamado, pero cuando se trata del bien de una nación, es imperativo mirar la realidad concreta, sobre todo en las periferias, que es desde donde mejor se ve la realidad, como nos recuerda el Papa Francisco.

En el Evangelio aparece un mendigo ciego que representa las tantas vulnerabilidades, sufrimientos, dolores, enfermedades y pobrezas de nuestro tiempo; realidades que nos salen al encuentro cada día y nos invitan a hacernos cargo del otro. Este ciego está al borde del camino; por lo tanto, no está *en* el camino: es un invisibilizado, un excluido.

Por eso, esta democracia tan trabajosa que seguimos agradeciendo y custodiando no terminará de ser plena mientras falten tantos hermanos que siguen al costado del camino, del progreso y de las posibilidades de crecer, o que son presas de las adicciones, o que quedan estigmatizados desde temprana edad. Esto nos urge a seguir buscando caminos para una mejor inclusión y participación de todos. Quizás, a veces, los necesitados de visión somos nosotros mismos. ¡Que el Señor nos abra los ojos para ver a los que están al costado del camino!

Pero también nos pide escuchar. El ciego se entera de que es Jesús quien pasa y se pone a gritar pidiendo compasión. Y tratan de callarlo porque molesta. También hoy en nuestra Patria hay "gritos" que a algunos les molestan: el grito de los jubilados, de los universitarios, de las personas con discapacidad, de los enfermos, de los que no tienen trabajo y de aquellos que no ven un futuro porque la vida los acorraló al costado del camino.

¿Qué hace Jesús ante esto? No lo deja para cuando pase de vuelta, ni para después, ni espera a que su "macro-predicación" haya calado hondo en todos y genere un "derrame" de bondad generalizada. Al contrario, ¡Jesús actúa ahora! Como en mayo de 1810: es ahora, este es el momento.

- **Jesús se detuvo:** Lo primero que hizo fue escuchar. Qué importante es escuchar y escucharnos sin descalificarnos de antemano, sin pre juzgarnos y "desarmando las palabras". Como nos decía el Papa León al hablar de la paz: es necesario desarmarnos de las palabras hirientes y ofensivas. No somos enemigos; podemos ser adversarios, pero nunca enemigos, y menos en nuestra Patria. Aquí nos necesitamos todos; nadie es descartable.
- **Jesús lo mandó a llamar:** Quiso encontrarse con el ciego. Se acercó cara a cara al dolor, ese dolor que nos sensibiliza, de la pobreza, en especial de los niños, como cuando recorremos los barrios y asentamientos, donde la precariedad de la vida nos deja a veces sin palabras. Pero allí también percibimos una fe y una esperanza comunitarias muy fuertes, sostenidas por quienes se acercan a ayudar y buscan soluciones, como vimos en las inundaciones que sufrimos hace poco. ¡Cuánta solidaridad demostró nuestro pueblo! Qué importante es crecer en esta "cultura del encuentro" como nos pedía el Papa Francisco, donde nos dejamos cuestionar para buscar alternativas, replantear decisiones y, si es necesario, "barajar y dar de nuevo" para que las cosas salgan mejor. Y siempre salen mejor cuando buscamos que ganen todos. ¡La Patria se merece espacios de encuentro!
- **Jesús dialogó:** Preguntó y escuchó. No dio por sentado lo que el hombre necesitaba, por más evidente que fuera su ceguera. Le preguntó: «¿Qué quieres que haga por ti?». El diálogo auténtico siempre acerca posturas y hace valorar la opinión del otro que, aunque sea diferente, es necesaria y aporta su cuota de verdad. Nadie tiene la verdad completa; necesitamos escuchar las verdades de los demás para construir consensos o, mejor aún, alcanzar una síntesis superadora. Así es como deben funcionar las tensiones: no para que una facción prevalezca sobre la otra, sino para dar a luz una realidad mejor. ¡La Patria se merece espacios de diálogo y escucha!
- **Jesús decidió y actuó:** Lo curó, lo sanó y le concedió lo que necesitaba sin exigirle nada a cambio. Y aquel hombre, recobrada la vista, lo siguió *por el*

camino. Dejó el borde, dejó de ser invisible y comenzó a caminar a la par de los demás. ¡La Patria se merece que incluyamos a todos!

Para seguir construyendo la Patria que soñamos, considero claves estas palabras y valores:

- **Ceder:** Es un acto necesario para construir. No querer imponer, sino dar espacio a otros y a otras miradas y opiniones. Es como cuando le cedemos el paso a una ambulancia: nos corremos un momento para salvar una vida y luego retomamos el rumbo. Ceder no es perder; es priorizar el bien común, el bien de todos y de cada uno.
- **Dialogar y escuchar:** El diálogo edifica y nos enseña a valorar las disidencias. Las tensiones importan cuando el objetivo final es lograr un proyecto superador.
- **Encuentro:** Significa buscar los lugares comunes, las preocupaciones compartidas, la vida en comunidad y el reconocimiento de la dignidad infinita de cada persona. Esto se refleja con nitidez en la mesa de diálogo social, para proponer proyectos que inciden en las políticas públicas y el bien común, donde somos un ejemplo, incluso para otras provincias. También en el diálogo ecuménico e interreligioso, que en Tucumán es un verdadero testimonio de tolerancia y respeto mutuo.
- **Solidaridad:** Un valor profundamente tucumano y argentino que nos da identidad y nos une en las situaciones difíciles.
- **Inclusión:** Necesaria para que la democracia sea justa y participativa, nadie debe quedarse sin oportunidades ni derechos. Nos necesitamos todos. Quizás el nuevo nombre de la democracia sea la participación.
- **Patria:** Es la tierra que nos cobija y nos da identidad; la que tuvo padres fundadores, la que hoy habitamos y la que heredarán nuestros hijos. Una Patria que tiene una Constitución, una bandera, un escudo, un himno, ideales y, sobre todo, ciudadanos.

Un autor tituló una vez uno de sus libros: "*Valores argentinos o un país insulso*".

Nosotros tenemos valores profundos, por eso estoy convencido de que no somos un país insulso, somos un país apasionado, porque sólo apasiona lo que se ama. ¡Amamos la Patria!

¡Cuidemos nuestros valores, cuidemos nuestra Patria!

¡Muchas gracias!

Mons. Roberto José Ferrari
Obispo Auxiliar de Tucumán